Una Clase Social del Siglo XVII

La sociedad del siglo XVII se componía de clases, tipos y personas que no han llegado a nuestros días o han sufrido honda transformación. Reconstruir los elementos desaparecidos, o reducir a su pristino valor los que el tiempo ha modificado, debe ser objeto de una historia predominantemente social. De este objetivo, hace años perseguido en mis estudios, ofrezco, a modo de espécimen, el capítulo correspondiente a la clase intelectual de la sociedad seiscentista. Sin duda que este trabajo habrá de sufrir bastantes alteraciones antes de salir formando parte de mi obra; pero tal como aquí aparece, da bastante idea del fondo inalterable del asunto y de las líneas principales que contornan el tipo social que estudiamos.

* * *

Un tipo de literato característico de aquella sociedad existió en el siglo XVII con el nombre de «poeta». En nuestra edad se da algo equivalente en el «hombre de letras», en el «publicista» y en el «intelectual». Analizando el contenido especial de cada una de estas denominaciones, siempre concluimos el juicio que Ruiz de Alarcón afirmó del poeta de su tiempo: «Buena parte, cuando no se toma el serlo por oficio.» (1)

Esta es, pues, la esencia del tipo social que vamos a estudiar: profesionales de la literatura. En todos los tiempos se ha dado este producto social, y siempre ha habido una demanda desproporcionadamente inferior a la oferta. La sociedad necesita realmente de cultivadores de las bellas letras, y a tenor de esta necesidad los crea, los favorece y los retribuye; pero siempre el número de literatos excede a las posibilidades del consumo; de aquí la superabundancia de poetas, que en este siglo marcó

(1) *El Examen de maridos*, II. Rivad. XX, 480 - a.

el nivel más alto que se conoce en la historia de España. Hubo momentos de envanecimiento patriótico ante el desusado auge de favorecidos de las musas; [1] pero pronto empezó a preocupar «el infinito número de poetas que había», [2] lo cual redundaba en menosprecio de la clase, que se veía revuelta y comparada con los objetos más viles. Ya se hablaba de exterminarlos como a la plaga de la langosta, resistente a cuantos medios se intentan para destruirla; [3] ya se miraba con menosprecio el «*fertilísimo siglo de este género de legumbres;* que ya dicen que los pronósticos y almanaques ponen entre garbanzos, lentejas, cebada, trigo y espárragos, habrá tales y tales poetas.» [4]

Las costumbres religioso-literarias daban lugar a la manifestación de la epidemia poética que envolvía a la sociedad española. Hoy no existe un medio tan fácil de revelarse los poetas, como entonces ofrecían los certámenes, justas y academias literarias que se acostumbraban celebrar en honor de los Santos: «Manifiéstase mejor esto en las justas literarias, donde *apenas tiene el mar tantas arenas cuantos poetas se descubren.* En una que los días pasados se publicó en loor de San Antonio de Padua *concurrieron cinco mil papeles de varia poesía.* De suerte que, habiéndose adornado dos claustros y el cuerpo de la iglesia con los más cultos al parecer, sobraron con que llenar los de otros cien monasterios.» [5]

Para que lo mucho fuera también malo, la grafomanía invadió a estos desventurados, y las gentes se mofaban de los que consumían resmas de papel en escribir versos, [6] o atiborraban de ellos una gaveta de su escritorio, [7] o componían una comedia para la que necesitaban seis manos de papel, correspondientes a los seis meses que debía durar su representación. [8]

Lope, que en punto a fecundidad no ha tenido quien en el mundo le iguale, se burlaba de la prolífica vena de sus contemporáneos, en la escena que puede verse:

---

(1) Vd. *Ideas de los Españoles del siglo XVII*, cap. I.
(2) Cervantes, *El Licenciado Vidriera*, ed. N. Alonso Cortés, pág. 47.
(3) Quevedo, *Premáticas y Aranceles;* Clás. Cast. LVI, 43.
(4) Lope, *El Desdichado por la honra;* Rivad. XXXVIII, 15-A.
(5) Suárez de Figueroa, *El Pasajero*, III; Renacim. Pág. 85.
(6) Tirso, *El Melancólico;* N. B. A. E. I, 63-b.
(7) Rojas Zorrilla, *No hay amigo para amigo*, I; Rivad. LIV, 86-c.
(8) Obras de D. Francisco de Quirós.

Fin.—Mando que tenga un soneto
Treinta versos.
Fab.— ¿Pues por qué?
Fin.— Porque a poetas de ahora
Les dan cámaras de versos. (1)

Lo que en un principio fué interpretado como una bendición de Dios, acabó arrancando a la pluma de Quevedo otra interpretación muy diversa: «La innumerable multitud de poetas que Dios ha enviado a España, por castigo de nuestros pecados». (2) Descártese cuanto se quiera la parte correspondiente al humorismo del autor, y siempre quedará un fondo de realidad indiscutible.

* * *

La posición económica de esta clase intelectual era desmedradísima. El dinero estaba tan divorciado de ella, que un poeta pudo decir al áureo metal:

Aunque es opinión antigua
Entre personas discretas,
Que huyes de los poetas
Cual de la cruz la estantigua. (3)

Sus versos olían a candil por falta de una triste vela de cera que asistiese al parto poético; detalle que recogió la literatura contemporánea para caracterizar a la clase de que tratamos:

«Son poetas un género de gentes muy pobre, que los más hacen sus versos al moco de un candil, porque aun no alcanza su poder a alumbrarse con velas.» (4)

Prueba evidente de que se trata de una verdadera categoría social, y no generalmente de todos los que hacían versos en aquel siglo, pues jamás ha habido época en que la aristocracia se haya dado a la poesía más abiertamente. El Conde de la Roca trazó el catálogo de los nobles que en sus tiempos cultivaban la poesía; (5) y sin embargo, «poeta es propio nombre de mendigo», dice un escritor. (6)

(1) Lope, *Laberinto de Creta*; III. R. Acad. VI, 140-x.
(2) *Premáticas y Aranceles*, Clás. Cast. LVI, 43.
(3) Diego de la Chica, en *Flores de Poetas Ilustres*; Rivad. XLII, 6-a.
(4) Francisco Santos, *Los Gigantones*; Madrid, 1666, pág. 123.
(5) *Panegírico por la poesía.*
(6) Andrés de Prado, *Ardid de la pobreza.* Rivad. XXXIII, 470-a.

No hemos de perder de vista para explicar este fenómeno aquel concepto de Ruiz de Alarcón: *lo malo es tomado por oficio.* Vemos, en efecto, que los poetas que han pasado con algún mérito a la historia eran eclesiásticos, juristas, militares u hombres de la administración; pero sin duda debía pulular una masa inclasificada y parasitaria que hacía de las Musas su único patrimonio y su exclusiva ocupación, lo cual justifica las frecuentes alusiones a la pobreza característica de los poetas. Apolo mismo les dió este triste privilegio: «Si algún poeta dijere que es pobre, sea luego creido por su simple palabra». (1) Todo era lógica consecuencia de haber profesionalizado un arte eminentemente de lujo, como el hacer versos. La improductibilidad de su oficio está notada en estas palabras: «ninguno es rico con haber hecho tan linda hacienda que se ve alabada de muchos, cantada de algunos y codiciada de otros, adquiriendo siempre el nombre de buen caudal, sin tener un cuarto.» (2)

Eran, pues, las letras la ocupación favorita de los vagos, de los inadaptados, que no ejercían oficio ninguno de utilidad a la república. No debemos omitir un buen dato que nos da el Canónigo Tárrega sobre cierta clase de gente que sobresalía en este abuso de los versos:

> Quien la trata con menos cortesia
> Son algunos señores estudiantes;
> Estos abaten la mercaduría.
> Bisoños, mas osados y arrogantes,
> Semejantes en fuerzas á pigmeos,
> En orgullo y bravezas, á gigantes.
> Todo lo contaminan sus deseos. (3)

La indigencia de los hombres de letras no tenía aquel recato hipócrita, pero digno, de los hidalgos y caballeretes, pendientes siempre de los puntos de sus medias y del pelo de su capa; antes al contrario, el desaseo que hoy es achaque de algunos sabios, era ya característica de los poetas. Quevedo en sus «premáticas» jocosas les impone por sanción, al reincidente en deli-

(1) Cervantes, *Viaje del Parnaso;* R. Acad. Madrid, 1916, pág. 77.°
(2) Andrés de Prado. *Ardid de la pobreza;* Rivad. XXXIII, 470-a.
(3) Loa de *La Duquesa Constante;* Rivad. XLIII, 77-b.

to de hurto, «andar un día limpio», y en ultratumba les daban a la mayoría de ellos en pena el limpiarlos. (1)

Como el ascetismo cristiano había desatado en la literatura amena de España una corriente de humorismo sobre el tema de la pobreza, equivalente a la corriente de glorificación que se le otorgaba en la literatura religiosa, lógicamente el poeta dió margen a un tópico burlesco de trágica y humillante significación para la sensibilidad moderna: el hambre del poeta fué el regocijado tema de aquel siglo:

Es común filosofía,
Según leyes practicadas,
Que están identificadas
La hambre y la poesía. (2)

Cervantes, que con razón pasa por el más humano de nuestros escritores, no se negó a este rasgo de dureza distintiva de nuestro pueblo: «Si algún poeta, dice, llegare a casa de algún su amigo, o conocido, y estuvieren comiendo y le convidare, que aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande». (3)

Para calar todo el fondo de la significación de este tópico literario, hemos de imaginarnos en un corral de comedias, en plena concurrencia popular, y escuchar de labios de un cómico este proemio que prepara al público para la aparición en escena de dos poetas:

«Y sé de los poetas con certeza
Que todos hacen voto de pobreza,
Pues de cuantos profesan la poesía
No hay ninguno que coma al mediodía,
Y a la noche ¡qué pena!
Cena tan poco, que tampoco cena.» (4)

Toda la jocosa piececilla divierte al público a costa del hambre de los poetas, y el mismo motivo de hilaridad cultivaron en sus producciones dramáticas D. Antonio de Zamora, D. Jeróni-

(1) Quevedo, *Obras Satíricas y Jocosas;* Clás. Cast. LVI, 51; y *El Alguacil alguacilado;* Clás. Cast. XXXI, 66. Vd. además. Lope, *La Amistad pagada,* II; R. Acad. VII, 18-a.

(2) Décimas de Villafuerte, Ms. 301, fol. 203, de la B. N. de París.

(3) *Viaje del Parnaso;* R. Acad. Madrid, 1916, pág. 77°.

(4) *Entremés de los poetas;* Ms. 14842, fol. 164, de la B. N. de Madrid.

mo de Villaizán, D. Antonio Coello, D. Francisco de Rojas, sin faltar nombres de religiosos, como Tirso y Pomperosa, que llamaban «santa» a la pobreza. El ascetismo creó este estado de espíritu que no daba importancia a ser pobre, y consecuentemente endureció la sensibilidad popular para ver la tragedia con la sonrisa en los labios. Polo de Medina, que como hidalgo sería capaz de morir de hambre sin formular un bostezo, como poeta no tiene reparo en ofrecer su indigencia al regocijo de sus lectores:

Y llegué a Madrid en fin,
Que es de pan la soledad,
La cuaresma de los dientes,
Y vigilia al manducar.
Pero en un arbitrio he dado;
Que es grande arbitrista ya
La hambre, y en un poeta
Es aguda enfermedad. (1)

* * *

La falta de verdadero temperamento poético, que necesariamente hacía difícil y premiosa la tarea de versificar, creó entre las gentes un tipo de hombre embebecido en la búsqueda de consonantes, distraido de todo lo que pasaba a su alrededor, olvidadizo de lo más elemental y necesario para la vida. Ya se les veía, o se les representaba, andando por las calles, mordiéndose las puntas de los guantes, enajenados en dar fin a un soneto; (2) ya se les sorprendía retirados en lugares solitarios, mirando al cielo y dándose de cuando en cuando palmadas en la frente; (3) ya se aparecían en los sitios públicos, «de puro pensamiento transidos y lacios», (4) o haciendo visajes de ira o de tristeza según la maquinación que en aquel momento les tenía embebido el seso. (5) A tal punto llegaba su ensimismamiento, que hubo quien echó a un mal caballo esta maldición:

---

(1) Polo de Medina, *Poesías Varias;* Rivad. XLII, 185-x.

(2) Vd. Juan de Ochoa; cuando quitaron las comedias en Sevilla; soneto citado por Rodríguez Marín, ed. de *Rinconete y Cortadillo*, p. 157.

(3) Vd. Cervantes, *Coloquio de los Perros*, ed. Amezúa.

(4) Lope, *Auto del Nacimiento;* R. Acad. II, 447-a.

(5) Pérez de Montalbán, *No hay vida como la honra*, I, Rivad. XLV, 480-c.

«¡O plega a Dios que prestado
Algún poeta le lleve,
Que en un pesebre al sereno
Se olvide quitarle el freno
Mientras invoca a las Nuenel» (1)

En lo de adoptar *poses*, creo que se llegó hasta la autosugestión. Ya fuera que entre los poetas de esta laya abundasen lodesequilibrados mentales, ya que algunos tomasen adrede actitudes conducentes a llamar la atención, lo cierto es que se captaron fama de locos, (2) y se dudaba que hubiera «en el mundo sesos de poetas para henchir media cáscara de avellana». (3)

Las obras que en la literatura se les atribuyen no acreditan mayor cantidad de juicio. Uno se pone a escribir la comedia de *Troya abrasada*, y al llegar al paso del incendio prorrumpe en tales gritos de alarma apellidando ¡fuego! que a sus voces se arrojaban de la cama todos los huéspedes del mesón, y hallaban al poeta tendido en el suelo, despedazado el traje y echando espumarajos por la boca. (4) Otro escribía el episodio de un naufragio, y a las voces de ¡socorro! acude la vecindad y hallan al poeta que se había arrojado de cabeza en una tinaja de agua y a pique de ahogarse de veras. (5) Otros que fingían escenas de montería, y en llegando al episodio de dar caza a un oso o un león armaban tales gritos de espanto, que las criadas dejaban caer al suelo la vajilla que les pillaba en las manos, y aun hubo señora que malparió de sobresalto. (6)

El furor sagrado empujaba a estos hijastros de Apolo a emprenderla a puñadas con el primero que tropezaban en la calle, si tal vez iban tramando en su imaginación una escena de guerra. (7) De modo que se llegó a proponer burlescamente «que anden señalados en la república, y que los furiosos los aten, concediéndoles los privilegios de los locos, para que en cualquier travesura, llamándose a poetas, como prueben que lo son,

---

(1) Lope, *Castigo del discreto*, II; R. Acad. N. E. IV, 206-a.
(2) Vd. Castillo Solórzano, *Entremés del Casamentero;* N. B. A. E. XVII, 308-a.
(3) *Entremés del Hospital de los podridos*, anónimo; N. B. A. E. XVII, 97-a.
(4) Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo*, T. IV. Clás. Cast. XXXVIII, 101.
(5) *Obras de D. Francisco de Quirós*, pág. 92.
(6) Vd. Calderón, *Lances de amor y fortuna*, III; Keil, I, 197-b. Quevedo, *Vida del Buscón;* Clás. Cast. V. 263. Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo*, Tr. IV; Clás. Cast. XXXVIII, 101.
(7) Pérez de Montalbán, *No hay vida como la honra*, I; Rivad, 480-c.

no sólo no les castiguen por lo que hicieren, sino le agradezcan el no haber hecho más». (1)

En la mayor parte de las descripciones satíricas de los poetas observamos una nota constante, un tópico perfecto, de los que todo el mundo echa mano para expresar una especie común del pensamiento de la época: tal fué morderse las uñas. En *La Tía Fingida* leemos: «encargóse de este cuidado el poeta, y en poco rato, mordiéndose los labios y las uñas, y rascándose las sienes y la frente, forjó un soneto como lo pudiera hacer un cardador ó peraile.» (2)

Otra novela contemporánea nos pinta a un poeta que oyendo hablar de la celebración de unas bodas, «esa noche, a costa de sus uñas, la pasó con todo desvelo escribiéndola un epitalamio». (3)

Este tópico tuvo fácil entronque con el otro del hambre de los poetas,

> Que en fin se comen las uñas,
> Y es comer, aunque a sí propios. (4)

y pronto vino a formarse el complejo que observamos en Cervantes, en Tirso y en Góngora, cuyos versos servirán de ejemplo:

> ¡Qué de meses y años
> Que viví muriendo
> En la Peña Pobre,
> Sin ser Baltenebros!
> Donde me acaeció,
> Mil días enteros,
> No comer sino uñas,
> Haciendo sonetos. (5)

Estas observaciones que anteceden pudieran engendrar la idea de que el siglo XVII profesó un materialismo más que grosero en punto a poesía, dando por olvidadas de todo en todo aquellas esplendorosas confesiones de Fray Luis de León sobre

---

(1) Quevedo, *Prematicas y Aranceles generales;* Clás. Cast.

(2) *Opus cit,* ed. Agrait.

(3) C. Solórzano, *Tiempo de Regocijo;* Madrid, 1907. p. 401.

(4) Don Antonio Coello; *Tres Musones de España;* I. Rivad. LIV, 547-a.

(5) Góngora, I, 67.

Vé. Cervantes, *Coloquio de los Perros,* Clás. Cast. XXXVI, 320, y *Viaje del Parnaso,* Cap. VIII. R. Acad. ed. facsimil. fol. 79.

Tirso, *Quien da luego da dos veces;* III. N. B. A. E. IX, 566-a.

el estro poético, la más bella exégesis moderna del principio ovidiano,

Deus est in nobis, agitante calescimus illo.

No sería exacta deducción semejante. Lo que se critica es la mecanización de actitudes y la simulación de murrumacos sustitutivos del legítimo estro poético. En una caracterización de un poeta arrimado al oficio de los consonantes, como pudiera arrimarse al de los zapatos, leemos la explicación de lo que decimos:

¡Válgame Dios! Si los hombres
Que se meten á ser poetas
De rumbo, antes de empezar
Alcanzaran lo que cuesta,
¡Oh, qué pocos oficiales
Este ejercicio tuviera!
Dígalo yo, que juzgaba
Que no tenía más ciencia
Que andar siempre pensativo,
Estirar mucho las cejas,
Morderse todas las uñas
Y algunas veces la lengua. (1)

El público sabía distinguir entre inspiración verdadera y ramplonería profesional, y como los más de los poetas eran del segundo gremio, en su pecado llevaban la penitencia. Quiero transcribir un curioso pasaje de D. Francisco de Rojas, que deja ver claramente la cuestión tal como se debatía en la mente de los hombres de aquella época:

A.—Siempre aficionado fuí,
Señor, a gentes discretas,
Y los poetas lo son;
Mas el no hacer caso dellos,
¿Cuál es, señor, la razón?
B.—Consiste en no conocellos,
Como dice Cenofón.
A.—¿Y todos cuantos escriben
Lo son?
B.— Del sacro furor
Algún átomo reciben
Y pide culto y honor
Cualquiera acción que conciben.
No hay hombre que versos haga
Falto de divinidad.

(1) Fomperosa, *San Francisco de Borja;* Rivad. XIV, 165-a.

A.—¿Pues cómo el pueblo los paga
Tan mal?
B.— Porque esta deidad
Sin arte y ciencia se estraga. (1)

Sin arte y sin ciencia, los consonantes daban pésimo resultado a los que por oficio los manipulaban. Lope los condenó en el sabidísimo dístico.

Y tras Lope, marchó Luis de Benavente con este regocijado cuento:

Pareceis a un poeta que contando
Cierta batalla, dijo aquestos versos:
«Mas el joven con un bastón de enebro
Le dió un golpe mortal en el celebro».
Y un crítico infernal de verso y prosa
En la margen le puso aquesta glosa:
«Por ser el bastón de enebro
Diz que le dió en el celebro;
Que si fuera de membrillo
Le diera en el colodrillo.» (2)

Quevedo sintetizó toda la práctica de los consonanteros del modo delicioso y caricaturesco con que él hace las cosas:

Dije que una señora era absoluta,
Y, siendo más honesta que Lucrecia,
Por dar fin al cuarteto, la hice puta.
Forzóme el consonante a llamar necia
A la de más talento y mayor brío:
¡Oh, ley de consonantes, dura y recial
Habiendo en un terceto dicho lío,
Un hidalgo afrenté tan solamente,
Porque el verso acabó bien en judío.
A Herodes otra vez llamé inocente,
Mil veces a lo dulce dije amargo
Y llamé al apacible impertinente.
Y por el consonante tengo a cargo
Otros delitos torpes, feos, rudos,
Y llega mi proceso a ser tan largo,
Que, porque en una octava dije escudos,
Hice sin más ni más siete maridos
Con honradas mujeres ser cornudos.

(1) Rojas Zorrilla, *La Prudencia en el Castigo*, I; Parte XLIV de Comedias; Madrid, 1678, p. 326-a.

(2) Benavente, *Entr. de los Alcaldes Encontrados. Flor de Entremeses*, Madrid, 1903, p. 159.

Aquí nos tienen, como ves, metidos
Y por el consonante condenados.
¡Oh, míseros poetas desdichados,
A puros versos, como ves, perdidos! (1)

* * *

Profesionalizado el arte de hacer versos, fácilmente se dió el paso de mercantilizar la profesión, siempre dentro del círculo de ruindad y de miseria que acabamos de describir: «Hay tres géneros de gentes en esta república, tan sumamente miserables, que no pueden vivir sin los tales poetas; como son, ciegos, farsantes y sacristanes». (2) He aquí el mercado que se abría a la enorme producción poética; y para no faltar en nada a la verdad, había otros consumidores, al decir de Cervantes:

«Hay poetas que acomodan con jitanos y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros y van a la parte de la ganancia.» (3)

Milagros fingidos, y oraciones conmovedoras y sucesos fantásticos, localizados lejos donde fuese difícil la averiguación del caso, todo era materia poética apropósito para la grangería. Tenemos un dato por donde rastrear las ganancias que los ciegos dejaban a esta clase de copleros, relacionistas y oracioneros de la plebe. Cada uno, dice Quevedo, daba ocho reales en señal, al tiempo de hacer el encargo, y entre unos doce ciegos daban más de trescientos realos a un poeta. (4)

Hay que hacer, desde luego, el descuento de la exageración caricaturesca propia de quien esto escribe; pero siempre admitiendo una base de realidad sagazmente observada. Bien podía, pues, prometérselas felices un poeta cuando decía:

Y si me doy buena maña
Y voy imprimiendo pliegos,
He de comer con los ciegos,
Cuando Dios me lleve a España. (5)

Salgamos de los ciegos para entrar en los farsantes. Los novelistas de costumbres nos han dejado valientes pinturas del

(1) Quevedo, *Zahurdas de Plutón*. Clás. Cast. XXXI, 149.
(2) Quevedo, *Premáticas y Aranceles Generales;* Clás. Cast. LVI, 52.
(3) Cervantes, *La Gitanilla;* Clás. Cast. XXVII, 5.
(4) Quevedo, *Vida del Buscón;* Clás. Cast. V, 117-118.
(5) Luis de Belmonte, *La Renegada de Valladolid*, III; Rivad. XLV, 361-a.

poeta dramático y de su calvario tras los «autores de comedias», que así se llamaban entonces los empresarios de teatros. Eran éstos, por lo general, hombres que «en llegándoles cualquier poeta a dar una comedia, huyen del tal, si no es de los clásicos, y aun no quieren oirla»; entendiendo por clásicos los «que están acreditados con ellos». (1) Eran los empresarios «gente sumamente lega» en el arte de la poesía, (2) sin embargo de lo cual casi todos enjaretaban sus comedias «un paso tomado de uno y otro de otro» como capa de pobre, cada remiendo de su procedencia. (3)

Y con ser así los empresarios no eran mejores los dramaturgos que tenían que aguantar y las disparatadas comedias que tenían que oir. A la salida del teatro los poetas acometían al empresario con «alguna maldita farsa» debajo del brazo, (4) y a boca de noche se reunía toda la compañía en casa del empresario, el poeta se sentaba ante un bufete con dos bujías, y daba comienzo a la lectura de su engendro y a la risa y chacota de los comediantes. Unas veces eran éstos los que sigilosamente iban desfilando en la penumbra de la sala y dejando sólo al lector, otras era éste el que abroncado por las carcajadas e interrupciones se levantaba y se iba, (5) sin que faltasen ocasiones en que la despedida era en forma tumultuaria con preludios de manteamiento y tentativas bien patentes de paliza sorda. (6)

Más aún; si la comedia no parecía del todo mal, los cómicos se la pedían al autor para verla más despacio y trasponían con ella. Luego «con añadir una necedad y quitar una cosa bien hecha», la daban por suya y cobraban los derechos que correspondían al pobre poeta. (7)

El que por estas asperezas lograba alcanzar el alto asiento de la estimación de los cómicos, no debía pasarlo mal, pues Quevedo dice de los representantes «que el interés de sacar

(1) Castillo Solórzano, *La Garduña de Sevilla;* Clás. Cast. XLII, 303.
(2) Quevedo, *Vida del Buscón;* Clás. Cast. V, 257.
(3) Quevedo, ibidem, pág. 258.
(4) Vd. Luján de Saavedra, *Guzmán de Alfaradre;* Rivad. III, 422-a.
(5) Vd. Luján de Saavedra, *Guzmán de Alfaradre;* Rivad. III, 422-b.
(6) Vd. Cervantes, *Coloquio de los perros,* ed. Amezúa, Madrid, 1912, y Castillo Solórzano, *La Garduña de Sevilla;* Clás. Cas. XLII, 310.
(7) Quevedo, *Vida del Buscón;* Clás. Cast. V, 258.

trescientos o cuatrocientos reales · les obligaba al riesgo del robo de comedias ajenas, por el procedimiento antedicho.

Como al fin y a la postre el teatro era la salida más productiva del cultivo de las musas, los cultivadores cargaban del lado cómico, y lo que les faltaba de inspiración lo suplían crecidamente con tramoyas enrevesadas y complicadas comparsas. Tirso lamenta la desaparición de aquella antigua simplicidad escenográfica, que no embadurnaba el rostro de la obra poética, sino que la presentaba en su pureza original a los espectadores: por eso coloca en el infierno a los que

> han adulterado á Apolo
> con tramoyas, maderajes
> y bofetones, que es dios
> y osan abofetearle,
> y están corridas las musas
> que las hacen ganapanes,
> cargadas de tantas vigas,
> peñas, fuentes, torres, naves
> que las tienen deslomadas,
> y así les mandan que pasen
> penas y cargas eternas
> á sus culpas semejantes. (1)

Basta recordar para formarnos idea de las extrambóticas derivaciones del arte escénico y al mismo tiempo de los desesperados ardides de los escritores por alcanzar un éxito en el teatro, aquel poeta que sacaba a escena al Papa vestido de Pontifical con doce cardenales vestidos de morado, (2) o el otro que necesitaba una herrería en el escenario que estubiera erre que erre mientras salían trece vasallos y siete doncellas, (3) o el que fingía la nave de Jonás que tenía que ir volando desde la Casa de Campo hasta el Retiro, donde le engulliría la ballena por los aires desde Aranjuez. (4) Todas estas exageraciones e ironías de los costumbristas, responden a las falsas artes de los dramáticos contemporáneos, que el público silbaba, sin dejarse sorprender por la máquina tramoyesca. (5)

(1) Tirso, *La Pícara Arcadia*, III; N. B. A. E. IV, 454-b.
(2) Cervantes, *Coloquio de los perros; locus cit.*
(3) Castillo Solórzano, *La Garduña de Sevilla*; Clás. Cast. XLII, 306.
(4) Obras de D. Francisco de Quirós.
(5) Tirso, *Escarmiento para el cuerdo*, III; N. B. A. E. IX, 74-b.

Aparte de estos tratos ruines con que los literatos hacían reproductiva su profesión, había otro plenamente demostrable por testimonios de la época: el de servir de mentor, o musa Egeria, de algún procer encaprichado en aparecer como poeta. Esta colaboración secreta llegó a ser denunciada en plena escena, precisamente en una Comedia que no tiene autor ciertamente conocido.

> Un cierto componedor
> me avisó con la estafeta
> de que ya todo poeta
> tiene un teniente asesor:
> uno escribe y otro firma,
> y así salen las sentencias
> con notables diferencias. (1)

Todavía esta colaboración nos choca menos a los hombres de hoy, porque no es desusada en nuestro tiempo, aunque el «uno escribe y otro firma» tenga en cada caso diferentes grados de diferencia. Pero en el siglo XVII se dió otra clase de amalgama literaria. Cuando un señor pretendía a una mujer y según el gusto de entonces quería galantearla con versos, no era raro valerse de un profesional de las musas, que ponía sus habilidades al servicio de quien le pagaba. La historia conoce algún caso muy sonado de éstos, y la literatura teatral satirizó más de una vez la costumbre de hablar por boca de ganso, indicio de que no se trataba de costumbre excepcional y recatada. (2)

* * *

De este aplebeyamiento de las costumbres literarias salió la práctica general y autorizada del plagio. Las musas, al hacerse comerciales, perdieron el respeto a la propiedad agena, y cada cual se arreaba con plumas de pavo, por más cuervo que fuese. Lope y su inmenso repertorio fué entrado a saco; (3) Cervantes plagiaba a Hernando de Herrera; Calderón plagiaba a Tirso; Tirso se plagiaba a sí mismo; todo esto sin salir del medio de las gentes estimables, y con la agravante de que todos ellos se la-

---

(1) *Siempre ayuda la verdad*, I; atribuida a Ruiz de Alarcón, vd. Rivad. XX, 232-b, y a Tirso, vd. N. B. A. E. IV, 212-a.

(2) Vd. Tirso, *El Melancólico*, III; N. B. A. E. IV, 81-a, y Solís, *El Amor en uso*, I; Rivad. XVLII, 2-a.

(3) Vd. *Estimaciones Literarias del Siglo XVII*, cap. III, pág.

mentaban de los plagiaros y condenaban sus piraterías literarias. Lope concibe el Parnaso compuesto de abejas y de zánganos, a los cuales recrimina que se alcen con el trabajo ajeno:

Estoy bien con las abejas
Porque son muy semejantes
A los ingenios que inventan;
Pues de varias flores hacen
Con su trabajo y estudio
Aquel licor tan suave.
Y con los zánganos mal;
Que dicen que entre ellas nacen
Y la dulce miel les comen;
Porque estas bastardas aves
Parecen a los que hurtan,
Por mucho que lo disfracen,
Lo que los otros trabajan. (1)

Tal vez era Lope el único que podía lanzar la primera piedra. Cervantes, acepta el estado de benevolencia creado por las circunstancias en materia de propiedad literaria, aunque poniéndole cierto límite que se franqueaba más de lo que fuera deseable. «Se advierte, dice entre bromas y veras, que no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare verso ageno y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera; que en tal caso, tan ladrón es como caco.» (2)

Mas para justificar las frecuentísimas quejas de plagios que leemos en los escritores contemporáneos (3) hay que salir del medio elevado de estos *dū majores*, y pensar en la turbamulta de poetas obscuros y necesitados de agenciar unos escudos fuese como fuese. A veces, parece por lo que insinúa Calderón, que el negocio daba buenos resultados:

Pues hicieron eminente
A un hombre que conocí
Versos que otro trabajó;
Y más opinión ganó
Alguno con lo achacado
Que otros con lo trabajado. (4)

(1) Lope, *Marido más firme;* II. R. Acad. VI, 192-b.
(2) *Viaje del Parnaso*, B. Acad. Madrid, 1916, p. 790
(3) Vd. *Estimaciones Literarias del siglo XVII, cap. II y cap. IV.*
(4) Calderón, *La Puente de Mantible*, III; Keil, I, 138-a.

Pero la mayoría de los casos habremos de atenernos con mayores vises de acierto, a lo que dice Tirso en esta escena.

TIRSO.
Si salgo desta maraña,
He de her una comedia.
CORBIN.
A vos nunca os faltan trazas.
TIRSO.
No las hurto como algunos,
Que á la postre se silbatan. (1)

Era natural que siendo muchos y pobres la maledicencia recíproca fuera una de sus principales características. Maledicencia, en primer lugar, de los Mecenas cortos en dádivas:

poetas quejosos siempre
de la fe de los señores,
porque es ya desdicha suya
ser envidiosos y pobres. (2)

Y en segundo lugar, maledicencia de unos respecto de otros, por celos y competencias:

Y sobre todo hago versos
Sin decir mal de los otros;
Que para el siglo que corre
Os prometo que no es poco. (3)

El fondo psicológico de este sector de la vida española se nos descubre de una negrura apenante. Ser poeta era tomar posición forzosamente contraria a todo: «Soy poeta, y es fuerza que diga mal»; (4) y la misma pluma que reflejaba en esta expresión el pesimismo aflictivo de la crítica ejercida por los poetas, ahondaba todavía más en la amargura interior de los mismos, cuando escribía esta escena:

---

(1) Tirso, *La Ventura con el nombre;* Rivad. V, 537-b.
(2) Lope, *La Francesilla,* I. R. Acad. N. E. V, 669-b.
(3) Pérez de Montalbán, *No hay vida como la honra,* I; Rivad. XLV, 478-a.
(4) Lope, *Con su pan se lo coma,* I. R. Acad. N. E. IV, 304-b.

RUFINO. ¿Tenéis envidia?
ENRIQUE. Yo no.
RUFINO. ¿Decís mal?
ENRIQUE. ¡Nada me inquieta!
RUFINO. Basta. ¡Vos sois buen poeta!
ENRIQUE. ¿En qué lo veis?
RUFINO. Pienso yo
que quien siempre dice mal
no está contento de sí. (1)

Espíritus amargados, mal avenidos consigo mismos y con los de su clase, son los que atisbamos por entre las rendijas luminosas de estos textos. Situación espiritual que era fruto natural de aquella pobreza, de aquella hambre, sobrellevada con un falso y humorista estoicismo. No debía ser mucho más risueña la vida íntima de las demás clases españolas. La ascética cristiana es una superación de la naturaleza, empeño limitado a espíritus poderosos, capaces de asimilarse las grandes fuerzas emanantes de los principios sobrenaturales. España cayó en el error de hacer levadura toda la masa, y de aquí el descontento de la vida, que en esta zona social se manifiesta más claramente, merced a la índole de la profesión. La lengua del poeta es comparada a las tijeras del sastre y a la hoja de la espada; (2) sus bocas a las de los perros rabiosos (3) y a las de los gozques ruines. (4)

Aparte de estas razones generales, las había también propias y particulares de la profesión literaria, que de suyo tiende a la destemplanza nerviosa y al engreimiento vidrioso y suspicaz. Calderón sorprendió esta baceta de la psicología poética en la escena siguiente:

REY. ¡Buenos versos!
CRIADO. No muy buenos.
Razonablejos les basta.
INFANTA. ¿Pues qué tienen?
CRIADO. Soy poeta,
Y así ningunos me agradan,
Si no son mis propios versos;
Los demás no valen nada. (5)

(1) Lope, *Dios hace Reyes*, II; R. Acad: N. E. IV, 601-a.
(2) Salas Barbadillo, *El Sagaz Estacio*, Clás. Cast. LVII, 132 y 287.
(3) Matos Fragoso, *La Dicha por el desprecio*, J. Rivad. XLVII, 325-c.
(4) Suárez de Figueroa, *El Pasajero*, fl. 44. Renacimiento, pág. 66.
(5) Calderón, *Cisma de Inglaterra*, II; Rivad. II, 221-c.

De aquí, ¡cuánta sátira, cuánta injuria, cuánto desaforado chismorreo entre los poetas! «Sólo dicen verdad en decir mal unos de otros», escribía humorísticamente Quevedo; y las mismas penas del infierno eran para ellos oir alabar las obras de los otros. [1] Baste decir que el ecuánime Cervantes llega a gloriarse, como de virtud rara en su época, de no hacer «campaña de venganzas el tablado». [2]

Tal era de agrio y destemplado el ambiente en que vivían los cultivadores de las letras.

En consecuencia de cuanto llevamos dicho, el desprestigio de esta clase intelectual era generalmente reconocido. Remoquetes y frases despectivas se oían por doquiera a costa de los poetas. Tirso y Quevedo nos diseñaron a la manera dantesca el infierno de los poetas, sus compartimentos, sus compañías, sus castigos, [3] porque a juicio del gran satírico, allá se iban todos en tal cantidad, que los diablos tuvieron que ampliar el recinto que les estaba destinado. Pues en punto a comparaciones, el poeta fué equiparado y aun pospuesto a todo lo más bajo y despreciable. Desde la frase cervantina, «también los diablos son poetas, y aun todos los poetas son diablos», [4] pasando por la de los hermanos Figueroa y Córdoba, «calvo, zurdo, y ser poeta, que es peor que serlo todo», [5] hasta el divertido pasaje de Calderón entre un escudero y una dueña, [6] todos los vejámenes fueron pocos para ensambenitar la profesión de poeta.

Existe un virulento epitafio que publicó Gallardo como de Villamediana, y que un manuscrito atribuye a Quevedo, el cual es la mejor recopilación satírica de cuanto aquel siglo dijo en desdoro de los poetas. Lo trasladaré aquí, siguiendo la lectura del manuscrito por menos conocida, para poner la losa al presente capítulo:

---

(1) Quevedo, *Premáticas*; Clás. Cast. LVI, 50, y *El Alguacil alguacilado*, Clás. Cast. XXXI, 66 Vd. También el Entremés del Licenciado Pedro Morla; N. B. A. E. XVII, 217-a.

(2) Vd. N. B. A. E. XVII, 330-a.

(3) Tirso, *Quien da luego da dos veces*, III; N. B. A. E. IX, 566-a, y Quevedo, *El Alguacil alguacilado;* Clás. Cast. XXXI, 66.

(4) *La Cueva de Salamanca;* N. B. A. E. XVII, 40-a.

(5) D. Diego y D. José de Figueroa y Córdoba; *Mentir y mudarse a un tiempo*, I; Rivad. XLVII, 407-c.

(6) Calderón, *Mañanas de abril y mayo*, III. Keil, I, 647-a.

En esta losa yace un mal cristiano:
—Sin duda era escribano.
No, que fué desgraciado en gran manera.
—Algún hidalgo era.
Nc, que tuvo riqueza y algún brío.
—Sin duda era judío.
No, porque fué ladrón y lujurioso.
—O Ginovés o fraile era, forzoso.
No, que fué menos cauto y más parlero.
—Ese que dices era caballero.
No es, sino poeta el que preguntas,
Que en él se hallan estas faltas juntas. (1)

M. HERRERO-GARCÍA.

(1) Ms. 17683, fol. 83, B. N. de Madrid. La copia publicada por Gallardo, no tan completa como esta, se halla en el vol. IV, col. 698 del *Ensayo*.